

A PIE  
**DE CALLE**CATALINA  
**Gayà**

FRANCESC CASALS



► Una mujer lee un libro tradicional en un vagón de los Ferrocarrils.

# Decodificando jeroglíficos

**E**l jueves pasado esta cronista se montó en uno de los 10 trenes que funcionan como bibliotecas de primeros capítulos en los Ferrocarrils de la Generalitat. A través de carteles que a modo de estantería muestran portadas de libros, el viajero puede descargar las primeras páginas de 40 obras, y dicha descarga se hace a través de un código QR. La cronista se decidió por los *Cuentos selectos*, de **Mark Twain**, por eso de la brevedad del viaje. Aunque el vagón era intergeneracional, ningún viajero hacía el ejercicio de sacar el móvil. Una lectora de libro digital vivía hipnotizada en su gadget. ¿Se lo bajó? «No», respondió. Recomendaba el libro digital por «cuestiones de peso». «No sé qué es esto del QR», respondía. «Solo es publicidad», decía otra viajera.

Esta cronista tiene 43 alumnos en la Universitat Autònoma de Barcelona y muy pocos se autodefinen como lectores de papel. Nacieron con dedos digitales y ojos multimedia. Quizá con el QR lleguen a **Mark Twain** como, a través de **Mark Twain**, esta cronista llegaba al QR literario y no solo al periodístico.

El QR, en inglés *Quick Response Barcode*, apareció en 1994 en Japón y servía para identificar las piezas

de coche en fase de producción de la marca Toyota. Se liberó al espacio multimedia en el 2004, pero no fue hasta el 2010 cuando se hizo presente en las capitales europeas como lenguaje hipertextual.

Quien hizo que el barcelonés sin aspiraciones multimedia se convirtiera en lector de QR en Barcelona fue, cómo no, el Barça. Ahora donde se posen los ojos aparecen esos jeroglíficos enigmáticos que invitan a quien tiene una tableta o un

**Gracias al código QR, en los ferrocarriles caben bibliotecas de primeros capítulos**

*smartphone* a leer su contenido 2.0. Es curiosa la actitud del lector ante este código: hay quien lo ignora, hay quien lo desdena y hay quien lo adopta –de manera pasajera como mandan los tiempos digitales– porque lo nuevo, y además cifrado, siempre llama la atención. Ante un cuadrito, un lector curioso se pregunta: ¿Será información, será publicidad, será arte? Sin teléfono inteligente, es imposible obtener respuesta: ex-

clusiones de la brecha digital. Ese mismo jueves, esta cronista acababa de encontrar, y sin saberlo, un nuevo juego: decodificar mensajes secretos de la ciudad. El primer jeroglífico, lo encontraba en el Centre d'Art Santa Mònica. Un gran cubo frente al museo, con un QR, anuncia la exposición del momento.

Navegando mientras caminaba, hallaba en una pared blanca barcelonesa que un anónimo había grafitado un mensaje con código QR. El mensaje desencriptado significaba: «No entiendo nada». La cronista lo desencriptaba en el centro, pero el jeroglífico está en algún lugar no identificado de la ciudad. Si algún lector lo encuentra, por favor, que me envíe un mail.

¿Dónde encontrar más QR? En la plaza dels Àngels, por eso del *moderneo* concentrado. Un skater australiano lucía en su camiseta un QR estampado. Tras capturarlo, el mensaje era solo publicitario. En la calle de Elisabets, esta cronista se encontraba con un exalumno. Cargaba un carrito con carteles en los que la asamblea de estudiantes de la UAB sigue luchando por una universidad libre y de pensamiento crítico. La cronista cogía un cartel y sus ojos se iban al cuadrito en blanco y negro que había en una esquina. Ese era un QR reivindicativo. El último, en el buzón: un catálogo de un super con un QR en la portada. De nuevo, consumo. Sería más divertido encontrar camisetas que hablen, que se declaren o que opinen. ■



apiedecalle@elperiodico.com